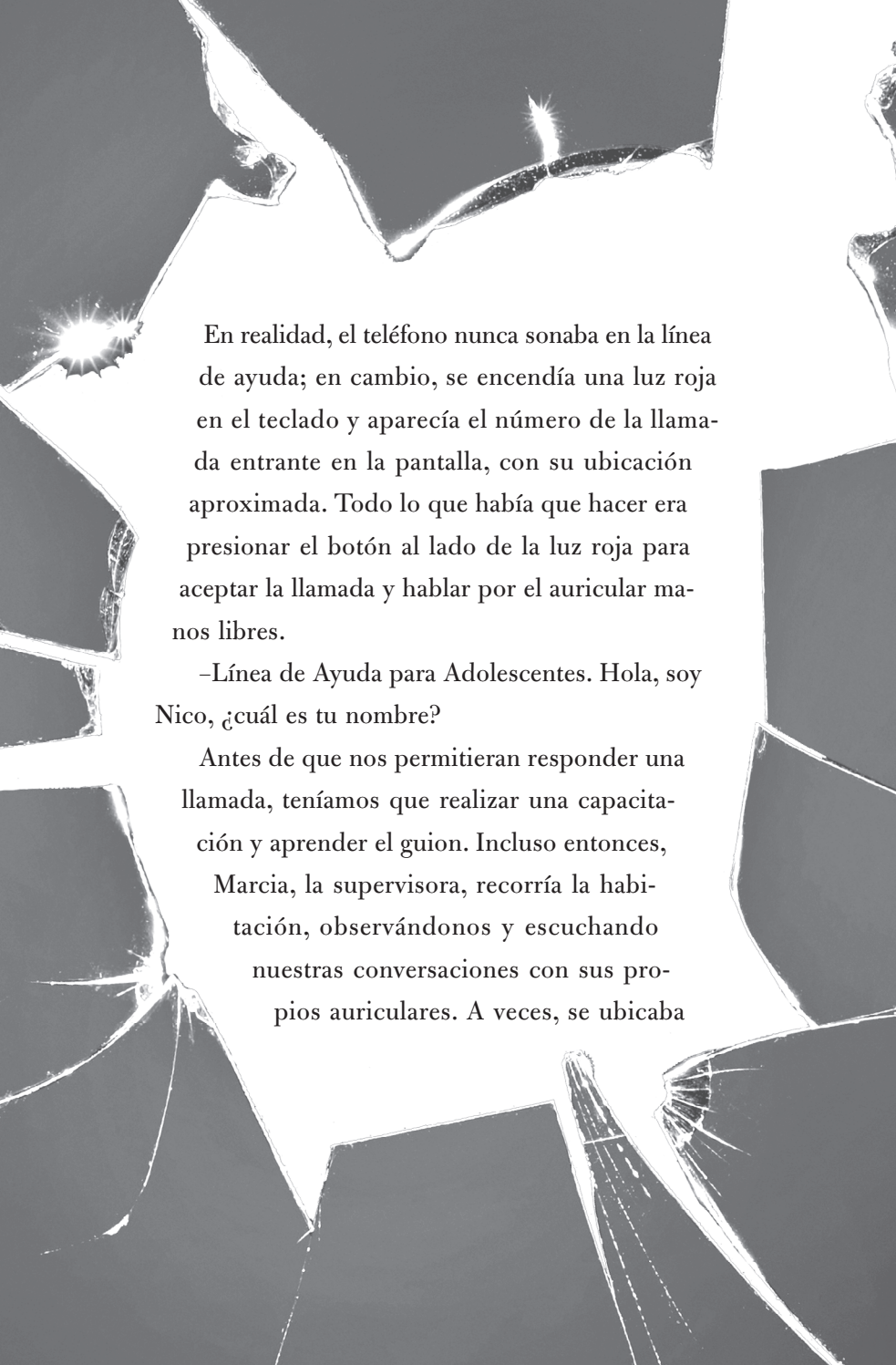




7



En realidad, el teléfono nunca sonaba en la línea de ayuda; en cambio, se encendía una luz roja en el teclado y aparecía el número de la llamada entrante en la pantalla, con su ubicación aproximada. Todo lo que había que hacer era presionar el botón al lado de la luz roja para aceptar la llamada y hablar por el auricular manos libres.

—Línea de Ayuda para Adolescentes. Hola, soy Nico, ¿cuál es tu nombre?

Antes de que nos permitieran responder una llamada, teníamos que realizar una capacitación y aprender el guion. Incluso entonces, Marcia, la supervisora, recorría la habitación, observándonos y escuchando nuestras conversaciones con sus propios auriculares. A veces, se ubicaba

detrás de alguno de nosotros para escribir notas si había algo que creía que debíamos decir, y siempre estaba ahí para tomar una llamada que se salía de control.

Cuando me presentaba como voluntaria, en general una vez a la semana, siempre había alguien mayor que yo, con más experiencia, que respondía a casi todas las llamadas y yo tenía que limitarme a sentarme y escuchar.

“No hay mejor manera de entrenarse que viendo lo que hacen los demás voluntarios, cómo reaccionan”, me decía Marcia, tal vez pensando que estaba desanimada por no poder contestar más llamadas. Pero ese no era el caso; muy por el contrario, me sentía aliviada. Durante meses tuve terror de hacer o decir algo mal en una llamada. Teníamos la vida de esas personas en nuestras manos; muchas de ellas estaban dispuestas a hacer cosas terribles, como herirse a sí mismas o a otros. Para mí estaba bien poder sentarme a escuchar, sin ninguna responsabilidad. Pero, algunas noches, Marcia me pedía que respondiera.

–Es tuya, Nico –me dijo un día. Las otras dos voluntarias, Amber y Kerri, ya estaban en línea y, por alguna razón, la cuarta voluntaria no había aparecido. Antes de presionar el botón rojo, dejé la porción de pizza que estaba comiendo, me limpié las manos y me apresuré a contestar.

–Línea de Ayuda para Adolescentes –apenas llegué a pronunciar las palabras cuando escuché a la chica del otro lado, llorando.

–¿En serio hay alguien ahí? –preguntó, entre sollozos–.  
¿Una persona real?

–Mi nombre es Nico. ¿El tuyo? –continué con mi guion mientras Marcia asentía. El nombre y la ubicación de la chica aparecieron en la pantalla; estaba llamando de un teléfono celular desde las afueras de Denver. Pude comprobar que no me había dado una identidad falsa, como muchos de los que llaman, ya que el teléfono estaba registrado a su nombre. Escuché atentamente su historia acerca de cómo la trataban sus compañeras de escuela, y que había comenzado a cortarse a sí misma. Quería dejar de hacerlo, pero no sabía cómo.

–A veces pienso en huir, en empezar de nuevo en un lugar distinto, en simplemente desaparecer, ¿me entiendes? –dijo, y sus palabras me provocaron escalofríos.

–Te entiendo perfectamente. Todos nos sentimos así alguna vez –le di los consejos que se suponía que tenía que darle y busqué los nombres y números telefónicos de los lugares a los que podía acudir por ayuda cerca de su ubicación. Pero mi mente no estaba enfocada en la chica que lloraba al otro lado de la línea, sino que todo el tiempo pensaba en Sarah. ¿La reconocería si llamara? Pero eso no podía pasar, nunca iba a pasar. Ese tipo de coincidencias solo se dan en las películas, no en la vida real. Parte de mí aún tenía que admitir los verdaderos motivos por los que había elegido ser

voluntaria en la línea de ayuda, para cumplir con los servicios comunitarios que exigía el programa escolar.

Podría haber estado en el hospital veterinario cuidando de un conejito enfermo, o en el asilo de ancianos de Mapleview leyéndole a alguna amable señora ciega. Pero ahí estaba, respondiendo llamadas de adolescentes que querían desaparecer, y que a veces lo hacían.

Para cuando corté la llamada, la chica de Denver ya había dejado de llorar. Marcia me miró y levantó los pulgares, aunque podría asegurar que ya se encontraba escuchando otra conversación. Me sorprendí al ver que ya eran las 21.02. Saqué el formulario del servicio comunitario de mi bolso y lo puse sobre el escritorio de Marcia de camino a la salida. Pero, cuando ya casi estaba en el ascensor, ella me llamó.

–Nico, hiciste un buen trabajo hoy –me dijo, mientras miraba el formulario–. ¿Dónde se supone que tengo que firmar?

–También tiene que completar la evaluación –le recordé, luego de mostrarle dónde firmar–. Pasaré otro día a recogerla.

–Si me das un minuto, lo haré ahora mismo –me respondió. El reloj de pared ya marcaba las 21.05.

–No puedo, debo irme.

–Solo me llevará un segundo, en serio –insistió.

Me quedé al lado de su escritorio mientras escribía. Su bolígrafo se movía con lentitud. Recién iba por la mitad, y eran las 21.07. Podía sentir el corazón golpeando en mi pecho.

–Lo recogeré la próxima semana –le dije mientras corría a la salida sin darle la posibilidad de responder. Presioné el botón del ascensor una y otra vez hasta que las puertas se abrieron. Iba haciendo cálculos mentalmente: para cuando llegara al lobby y saliera ya serían las 21.10. Sentí mi teléfono celular vibrando en mi bolso antes de poder llegar a la salida.

Y ahí estaba mamá, esperando en el auto en el lugar donde estacionaba siempre. Podía ver el reflejo azul de la luz del teléfono celular en su rostro y el ceño fruncido de preocupación. Casi corriendo, atravesé la acera y el césped, donde los restos de nieve derretida empaparon mi calzado. Golpeé la ventana del lado del acompañante, mamá levantó la vista hacia mí y, por un momento, vi la sorpresa en sus ojos. En la oscuridad, con el cabello rubio largo debajo de la capucha, pensó que era otra persona, y yo sabía quién.

Me bajé la capucha para que pudiera ver mi rostro. Cuando me vio, sonrió y bajó el vidrio.

–¡Me asustaste! Vamos, entra, está helado afuera.

Entré al auto, un espacio cálido que olía a cuero y al perfume de mamá.

–Se te hizo tarde, Nico, intenté llamarte.

–No fue mi culpa. Sabes que ni siquiera nos dejan mirar los celulares en el centro. Y Marcia se tomó su tiempo para llenar los formularios de la escuela.

Ella no dijo nada; solo miró por el espejo mientras ponía en marcha el auto. No era necesario que dijera nada. Yo ya sabía cómo se preocupaba y lo inaceptable que era hacerla sentir así. Habíamos acordado estar siempre en contacto, sin importar qué pasara, pero a veces era imposible. Era imposible ser siempre perfecta, estar siempre a horario y evitar que mamá y papá se preocuparan por mí como lo habían hecho por ella.

–¿Cómo vas con tu tarea? –preguntó por fin, con un tono normal, mientras giraba a la izquierda en la calle que conducía a nuestro vecindario.

–Está casi terminada. Solo me falta leer un capítulo para Química.

–¿Y ya comiste? –preguntó

–Ya comí, mamá –le respondí con un suspiro. Siempre las mismas preguntas, siempre las mismas respuestas.

Estacionamos en la entrada de autos de nuestra casa, iluminada por dos brillantes reflectores ubicados sobre el portón del garaje y por un farol a cada lado de la puerta principal. Mientras esperábamos a que el portón se abriera, mamá se volteó hacia mí.

–Sabes que estoy muy orgullosa de que trabajes en la línea de ayuda, ¿verdad? Tu papá también lo está. Quería que supieras eso.

Asentí con la cabeza y le sonreí. Había algo oscuro implícito en su cumplido: *No eres como ella*. En ese momento yo

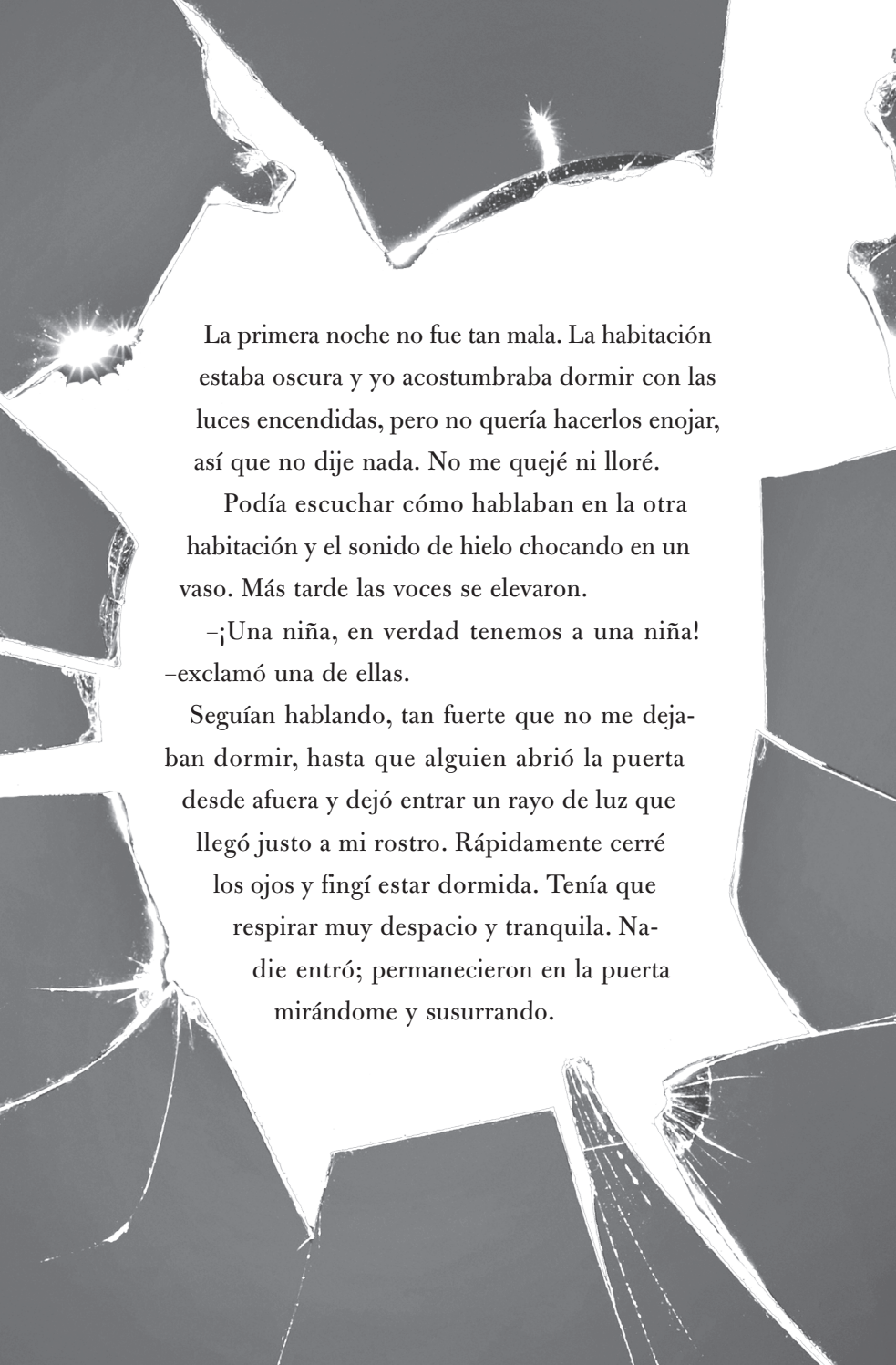
tenía esa edad, la edad en la que comenzaron los problemas, cuando se escapó por primera vez. Pero yo era diferente, una buena chica, sobresaliente en la escuela, voluntaria, y capitana del equipo de tenis. Mamá y papá no tenían razones para preocuparse por mí; no era como Sarah y nunca lo sería.

Las luces del auto iluminaron las tres bicicletas alineadas en el garaje: la mía, la de mamá y la de papá. La policía había encontrado la de Sarah el día que desapareció, pero nunca nos la entregaron de vuelta; la imaginaba tirada en algún oscuro depósito de evidencias, con una etiqueta con el nombre de Sarah colgando del manubrio plateado. Cubierta de polvo negro en los lugares donde buscaron huellas digitales, con las ruedas desinfladas y reseacas por el paso del tiempo y la pintura púrpura descascarada. Nadie iba a volver a usar esa bicicleta jamás.





SARAH




La primera noche no fue tan mala. La habitación estaba oscura y yo acostumbraba dormir con las luces encendidas, pero no quería hacerlos enojar, así que no dije nada. No me quejé ni lloré.

Podía escuchar cómo hablaban en la otra habitación y el sonido de hielo chocando en un vaso. Más tarde las voces se elevaron.

—¡Una niña, en verdad tenemos a una niña!  
—exclamó una de ellas.

Seguían hablando, tan fuerte que no me dejaban dormir, hasta que alguien abrió la puerta desde afuera y dejó entrar un rayo de luz que llegó justo a mi rostro. Rápidamente cerré los ojos y fingí estar dormida. Tenía que respirar muy despacio y tranquila. Nadie entró; permanecieron en la puerta mirándome y susurrando.



-Ahí está, te lo dije –comentó uno de ellos.

-No puedo creerlo. Y es muy bonita.

-Como un ángel.

-Esperemos que se comporte como uno –agregó alguien entre risas.

La puerta se cerró y escuché que volvían a trabarla desde afuera. Y allí estaba, sola otra vez en la oscuridad.